

“agua de la mar, ni del cielo los pudiese mojar.”—“Eran las mer-
 “caderías muchas mantas de algodón, muy pintadas y de diver-
 “sos colores y labores, y camisetas sin mangas y sin cuellos,
 “cortas hasta la rodilla y aun ménos, también pintadas y labra-
 “das, y almaizares que en Nueva España llaman mastil con que
 “los hombres cubren sus partes secretas, también pintados y la-
 “brados: muchas espadas de madera, con una canal en los filos
 “y allí pegadas con fortísimo betun é hilo, ciertas navajas de
 “pedernal; hachuelas de cobre para cortar leña, cascabeles y pa-
 “tenas, crisoles para fundir el cobre, almendras que llaman ca-
 “cao que en Nueva España tienen por moneda: su bastimento
 “era pan de maíz y raíces que en Nueva España llaman camotes
 “y en las islas axis, y batatas, y el vino era del mismo maíz que
 “parecía cerveza. Iban en la canoa veinte y cinco hombres.” &c. (1)
 Cumplida descripción de aquel barco mercante que surcaba las
 olas á largas distancias, para ir á traficar en las islas y la costa
 del golfo de Honduras. Sin duda alguna que, por imperfecta que
 se suponga aquella embarcación, ya demuestra cierto adelanto
 en la ciencia de la marinería.

Volviendo al viaje de Juan de Grijalva, estando sobre la costa
 de Yucatan, queriendo reconocer una población á la que pusie-
 ron por nombre el Gran Cairo: “una mañana, que fueron 4 de
 “Marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de indios natu-
 “rales de aquella población, y venían á remo y vela. Son canoas
 “hechas á manera de artesas, son grandes, de maderos gruesos
 “y cavadas por dentro y está hueco, y todas son de un madero
 “macizo, y hay muchas dellas en que caben en pié cuarenta y
 “cincuenta indios.” (2) Refiriéndose Oviedo al mismo viaje de
 Grijalva, y narrando lo que pasó en lago de Términos, escribe:
 “y en tanto que allí estovieron los christianos tomando agua,
 “vieron canoas cada día atravesar con gente á la vela, que pa-
 “saban á la otra tierra de la Isla Rica ó Yucatan.” (3) En la
 carta escrita por el regimiento de la Villa Rica de la Veracruz
 al emperador, dándole cuenta de la expedición de D. Hernando
 Cortes encontramos: “Y visto ésto, (el mal tiempo), el capitán

(1) Herrera, dec. 1, lib. V, cap. V.—Casas, Hist. de Indias, lib. II, cap. XX.

(2) Bernal Díaz, cap. II.

(3) Hist. general y natural, lib. XVII, cap. XVII.

“mandó desembarcar (en Cozumel) toda la otra gente de la ar-
 “mada, y otro día á medio día vieron una canoa á la vela hácia
 “la dicha isla.” (1) De estas autoridades de los testigos presen-
 ciales y de persona por ellos informada deducimos, que los ha-
 bitantes de Yucatan navegaban á vela y remo y se confiaban á
 las olas á largas distancias. No nos parece preciso llamar la
 atención acerca de que, el empleo y uso de la vela en las embar-
 caciones importa ya un grande adelanto, supuesto que las puede
 comunicar mayor velocidad economizando las fuerzas de los
 hombres empleados como remeros.

Narrando Bernal Díaz las penalidades del viaje de D. Her-
 nando Cortés á las Hibueras, cuenta: “é yendo por la costa del
 “Norte (Gonzalo de Sandoval), vió que venía por la mar una ca-
 “noa á remo y á la vela, y se escondió de día en un monte, por-
 “que vieron venir la canoa con los indios mercaderes.” (2) Segun
 ésto, el empleo de la vela era conocido también de los navegan-
 tes del Golfo Dulce. Conocíanla igualmente los del Perú. (3)

La vida doméstica era tranquila, y á nuestro modo actual de
 ver llena de privaciones. Las puertas y ventanas de las casas
 estaban sólo defendidas por cortinas ó esteras, teniendo en sus
 extremos cascabeles ó cuerpecillos sólidos que sonaban al inten-
 tarse la entrada. En las habitaciones de los ricos había esteras
 tendidas por el suelo sirviendo de alfombras, y otras esteras finas
 y pintadas cubriendo las paredes: las casas de los pobres esta-
 ban desnudas. La cama, sobre el suelo, se componía de uno ó
 varios petates sobrepuestos; si el necesitado se tapaba con la
 ropa que le vestía, el poderoso aumentaba alguna colcha para
 abrigarse contra el frío. No había otros asientos que los llama-
 dos *icpalli*; sentábanse sobre la tierra en cuclillas, las mujeres
 con las piernas cruzadas ó dobladas. Servíanse las comidas so-
 bre esteras y manteles, mas no parece usaran del tenedor y la
 cuchara; al primero suplían los dedos, á la segunda los pedazos
 de la tortilla doblados en forma cóncava. Constituía su alumbrado,
 rajas delgadas del pino resinoso llamado *ocotl*, encendidas
 por un extremo, y fijadas por el otro en lo que podremos llamar

(1) Cartas y relaciones, en Gayangos, pág. 12.

(2) Hist. verdadera, cap. CLXXVIII.

(3) Los navegantes indígenas de la época de la conquista, por A. Núñez Ortega,
 Boletín de la Soc. de Geog. Segunda época, tom. IV, pág. 47.

candeleros; arden poco á poco, dan buena luz, aunque es preciso separar con frecuencia la parte ya carbonizada, lo que equivale á despavilar; pero en cambio producen un humo espeso, que llena de hollin techo y paredes. (1) Ésta, para nosotros miseria, no nos causa extrañeza. Desde niños estaban criados á la intemperie; de jóvenes pasaban la vida en la aspereza del monasterio; de hombres se acostumbraban á las penalidades del campamento; nada habían menester, fuera de un sitio donde reposar de la fatiga, algunos trastos en que tomar el alimento. Fuertes y sóbrios, bajo un clima benigno, nuestros remilgos hubieran quebrantado su salud y amenguado sus bríos. Además, dormían á la oscuridad y trabajaban á la luz.

Segun las personas que les vieron, aquellos pueblos eran bien proporcionados de cuerpo, delgados de carnes, ágiles, buenos corredores; negros los ojos, negro el cabello y lacio; el color cobrizo, las facciones regulares; aspecto agradable, aunque un tanto triste y desconfiado: las mujeres de talla mediana, movimientos graciosos; bien agestadas en general, hermosas muchas; de pié extremadamente breve. Los sentidos perspicaces, y más ejercitados la vista y el oído. Afeaban y perdían aquellas dotes naturales, las mujeres por el uso de algunos afeites; por llevar *nacochtli* ó pendientes muy pesados, que les hacían las orejas deformes; porque las penitencias pedidas por el ritual les dejaban cicatrices y lacras; los hombres por embijarse para salir á la guerra, por desfigurarse el labio, horadándole para llevar el *tentell* ó distintivo guerrero; porque por los zarcillos y sacrificios, tenían las orejas largas, espadas y con excrecencias. (2)

En cuanto á la costumbre de deformar el cráneo, para darle cierta prolongacion hácia arriba, más ó menos pronunciada, encontramos, aunque lo contrario se diga, que los mexicanos no la practicaban, al ménos en los últimos tiempos. Algunas tribus antiguas dieron á las cabezas de los niños, por medio de ciertas industrias, una frente cuadrada y plana, empinada de la parte posterior; es sabido que en el Perú, la familia real y la nobleza gozaban de este privilegio concedido por gracia á las demas clases; las figuras representadas en los relieves del Palenque, pa-

(1) Clavigero, tom. I, pág. 395.

(2) Torquemada, lib. XIV, cap. XXIV y XXV.

recen presentar la misma deformacion; algunas tribus salvajes en los E. U. se aplastan hácia atras la frente; pero como comun y general, no encontramos una autoridad de peso, que atribuya la costumbre á los pueblos civilizados de Mexico, comenzando por los tolteca. Los cráneos, aunque pocos, que hemos examinado, tienen los caracteres generales de su raza; si se encuentran otros diversos, ó son más antiguos, ó constituyen una singularidad osteológica. Verdad es que algunos de estos cráneos tienen el frontal deprimido hácia atras, plano y como cuadrado, miéntras la parte occipital se abulta un tanto; estas son señales casi infalibles de que, el despojo perteneció á un individuo de las clases menesterosas. Faltos como sabemos de bestias de carga, los pobres tenían que conducir toda clase de objetos: desde tiernos se les ponía el peso á la espalda en el *cacaxtli*, suspendido á la frente por el *mecapalli*; enarcado el cuerpo, la cabeza inclinada para hacer el tiro, la constante repetición de la postura y de la presión, acababan por dar al cráneo la forma que se le advierte.

En general, había pocos lisiados; la vida dura que á los niños se daba, debía hacer perecer á los débiles y enfermizos, salvándose sólo los robustos y bien conformados. Los corcovados, enanos ó contrahechos, eran objeto de lástima para el pueblo. Solo á los estropeados se permitía implorar la caridad pública. Reyes y señores tenían á su lado jorobados y enanos, que les servían de bufones como á los nobles europeos de la edad media, ó de diversion por su extraño aspecto; les empleaban también en cuidar á sus numerosas concubinas. En cambio, tenían el triste privilegio de ser inmolados cuando su señor moría, para ir á desempeñar en la otra vida sus funciones. Cortés nos dice, haciendo la descripción de los jardines de México: "Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres, y mujeres y niños, blancos de su nacimiento en el rostro, y cuerpo, y cabello, y cejas y pestañas." Y poco más adelante: "Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y mujeres monstruos, en que había enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras deformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí. E también había para éstos personas dedicadas para tener cargo de ellos." (1)

(1) Cartas de relacion en Lorenzana, pág. 112 y 113.

Las clases acomodadas eran limpias de su persona. No conocían el jabon, mas suplían la falta con una raíz y un fruto. La primera es de la planta llamada *amolli*: "tiene las hojas como espadañas chicas y el tallo blanco, la raíz de esta yerba es como jabon para lavar la ropa, y con las delgadas lavan la cabeza, y tambien son como morga para emborrachar los peces." (1) El segundo se toma del *copalxocotl* dicho tambien árbol del jabon. "El árbol del jabon, que en la escritura es herva fullonum y de las cuentas, es muy comun en Oaxaca, y la Misteca alta, y las islas Españolas y Puerto Rico, echa una fruta como avellanas que no es para comida sino para alabanza, porque con lo de afuera, jabonea la ropa como se pudiera con el mejor jabon de Castilla; dentro se halla una cuenta negra como garbanzos mayores ó menores, de que se hacen infinitos rosarios, que llaman de frutilla, que igualan á los de *coyolli*; dentro de la cuenta tiene una médula tan amarga como la del durazno, ésta se saca y queda liviana la cuenta y fuerte, porque nunca se quiebra, y del tamaño que quieren hacen las cuentas para rosarios, tantos que pueden dar abasto á toda España." (2)

Las naciones nahoa conservaban los despojos de sus muertos, por la inhumacion y por la incineracion. El primer método aparece sin disputa como el más antiguo; para fijar el tiempo en que fué introducido el segundo modo, nos faltan datos, pues los suministrados por los autores aparecen contradictorios. Ocurriendo á las fuentes más autorizadas, respecto de los tolteca asegura Ixtlilxochitl, que los reyes, "enterrábanse amortajados y con sus insignias reales, en los templos de sus falsos dioses." Todos los monarcas de aquella dinastía fueron inhumados, hasta el último Topiltzin, quien "mandó quemar su cuerpo, con los ritos y ceremonias que despues se usaron, que fué el primero que fué quemado." (3) De los chichimeca asegura Torquemada, á la

(1) Sahagun, tom. 3, pág. 244.

(2) Vetancourt, P. 1, T. 2, núm. 184. Clavigero, tom. I, pág. 398.

(3) Ixtlilxochitl, primera relacion. MS. Veytia, tom. III, pág. 4, refiriéndose á esta autoridad saca que Topiltzin, último rey tolteca, inventó este ceremonial, pero en seguida lo contradice, afirmando que ninguna de las tribus usó quemar los cadáveres, y que si los mexicanos lo practicaron fué despues de la muerte de su rey Huitzilihuitl. De aquí tomó Brasseur de Bourbourg su noticia, para atribuir decididamente á Topiltzin esta invencion.

muerte de Xolotl, que fué quemado y sus cenizas recogidas en una caja labrada de piedra, y aumenta: "Todas las naciones del mundo han tenido modos particulares de enterrar los cuerpos de sus difuntos, pero el que estos chichimecas usaron, fué quemarlos." En consecuencia, dice despues que fueron reducidos á cenizas los cadáveres de Tlotzin y Tlattecatzin. (1) El cronista nacional de la tribu, sostiene en contrario, que Xolotl fué enterrado en una de las cuevas de su morada; Nopaltzin fué sepultado en el lugar donde lo estaba su padre; Tlotzin fué conducido á la cueva de su entierro, en donde tenían hecho un hoyo redondo, que tenía más de un estado de profundidad; allí lo metían y cubrían de tierra." escribe lo mismo de los demas monarcas, hasta llegar á Ixtlilxochitl cuyo cadáver fué quemado, recogiendo las cenizas. "Ixtlilxochitl fué el primer emperador chichimeca, que se enterró con semejantes exequias, que es conforme á los ritos y ceremonias de los tolteca." (2) De los méxica es evidente que usaron el sistema de cremacion, al ménos desde que fundaron á México. Los mixteca y los tzapoteca enterraban ó quemaban los cadáveres, y en el primer caso practicaban una especie de embalsamamiento. De todas maneras, la inhumacion precedió á la incineracion.

En el caso de cremacion las cenizas eran recogidas en ollas y cántaros, de construccion burda. Sin duda que así se distinguían los restos de los pobres ó plebeyos, porque tambien se encuentran cajas labradas de piedra, vasos de barro de mucho gusto, y urnas funerarias con figuras de dioses y adornos simbólicos, verdaderos esfuerzos de su arte cerámica. En cuanto á la posicion del cadáver en el sepulcro, lo más auténtico y antiguo que podemos presentar es lo relativo á Casas Grandes de Chihuahua. "Las tumbas ofrecen la forma de cubas de piedra seca; la seccion horizontal es una elipse de 1, m 50 en el diámetro mayor, por un metro en el menor, y otro de altura. El despojo, envuelto en una estofa tejida con las fibras apretadas de un vegetal que recuerda el agave, está en cuclillas como lo indica la figura (lámina 4ª, número 4). Al rededor se encuentran vasos ú objetos de predileccion del difunto, como collares, brazaletes, alfa-

(1) Torquemada, lib. I, cap. XXXIV, XLVII; lib. II, cap. VI.

(2) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 7, 8, 919.

“rería, &c.” (1) Esto concuerda con lo que nos dice un testigo “presencial. Hacían en la tierra un hoyo revestido de pared de cal y canto, y en él ponían al muerto sentado en una silla. Al lado colocaban su espada y rodela, enterrando también ciertas preseas de oro: yo ayudé á sacar de una sepultura cosa de tres mil castellanos. Ponían allí mismo comida y bebida para algunos días; y si era mujer le dejaban al lado la rueca, el huso y los demás instrumentos de labor, diciendo que allá á donde iba, había de ocuparse en alguna cosa; y que aquella comida era para que se sustentara por el camino. Muchas veces quemaban los muertos y enterraban las cenizas.” (2)

Así, los sepulcros eran elípticos ó circulares, y el cadáver estaba sentado. Las pinturas mexicanas presentan la forma en que el despojo se ponía: (Véase Códice Mendocino, estampa 45, número 9, y lám. 51, núm. 2). La primera es el símbolo de Mictlan, el infierno ó lugar de los muertos. El difunto está sentado, con las piernas dobladas y pegadas al pecho; envuelto en el sudario ó paños funerales, se mantiene en aquella posición por medio de los lazos que le ligan los miembros. Esta era la costumbre universal. Llámame por tanto mucho la atención, el sepulcro visto por D. Mariano Bárcena en la hacienda de la Lechería, valle de México. “Al pié de la falda N. del cerro de Tlaxomulco, dice, fueron descubiertas por unos labradores algunas losas de basalto que se hallaban debajo de la tierra vegetal. Levantadas aquellas, se vió que cubrían un sepulcro lleno de tierra y que tendría dos metros de largo, dos de profundidad y uno de anchura. Actualmente está vacío y puede admirar su regular construcción y su orientación según la línea E. O. Sus paredes están revestidas de piedras unidas por cemento terroso; en la base había losas de basalto, lo mismo que en sus cabeceras y hacia el medio de los lados. En el fondo se encontró un esqueleto casi destruido por el tiempo; los huesos se desmoronaban al tocarlos y no fué posible conservar ni un fragmento del cráneo. Este se hallaba en la cabecera del O., y á su lado se encontraba una gran cantidad de polvo de cinabrio, rodajas de micas y vario trastos é ídolos pequeños.” (3) El Sr. Bárcena me enseñó algunos de los utensilios

(1) Guillemin Tarayre, exploration minéralogique, pág. 177.

(2) Conq. anónimo, en Icazbalceta, tom. I, pág. 398.

(3) Periódico “El Federalista,” martes 23 de Nov. de 1875.

lios sacados de ahí, y no me parecieron ser del gusto azteca; por esto y por la posición del cadáver, creo que el sepulcro pertenece á raza distinta y más antigua que la nahoa.

En capítulo anterior hablamos de los funerales en general; diremos ahora lo que corresponde á las particularidades de los entierros de los reyes y señores. Cuando el monarca de México enfermaba, ponían máscaras á los dioses Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, sin quitárselas hasta que aquel sanaba ó moría. En este evento desgraciado, avisábase inmediatamente á los reyes, amigos y señores sujetos, señalándose el día en que el entierro tendría lugar. En tanto, le tenían en palacio, sobre esteras finas, velándole su servidumbre. Congregados los señores con los parientes y amigos, cada uno traía ricos regalos de mantas, plumas, rodela labrada, esclavos y unas banderas pequeñas de papel. Lavaban el cuerpo, cortándole de la parte superior de la cabeza un mechón de cabellos, que con el que á su nacimiento les quitaban, ponían en una cajita pintada por dentro de figuras de dioses. Vestían el cadáver con quince ó veinte mantas finas de colores, poniéndole en la boca una piedra de chalchihuitl, que decían servirle de corazón, le cubrían el rostro con una máscara, le adornaban con joyas y pedrería, y sobre todo le vestían las insignias del dios en cuyo templo debía ser depositado. En esta sazón, sacrificaban al esclavo que había tenido el oficio de poner lumbre é incienso en los altares que el señor tenía en su casa, á fin de que en lo mismo le sirviese en la otra vida.

La procesion fúnebre se componía de las mujeres, parientes y amigos del finado, haciendo grandes extremos de dolor y llorando: la nobleza llevaba un gran estandarte de papel y las insignias reales, y los sacerdotes acompañantes iban cantando, mas sin ayuda de instrumentos músicos. Llegado el cortejo á la puerta del patio del teocalli, salía á recibirle el sumo sacerdote acompañado de sus altos dignatarios, é inmediatamente colocaban el cadáver sobre la pira ya dispuesta. Ésta estaba colocada al pié de la escalera del templo, compuesta de leña resinosa, mezclada con copalli. Puesto fuego á la leña, y mientras se quemaba el cuerpo, se procedía á sacrificar á las personas que debían acompañar al difunto en el viaje á la otra vida; éstas eran, alguno ó algunas de las mujeres del finado, sus enanos y corcobados que le alegraban, esclavos de su casa, y los ofrecidos por los dolien-

tes, entre todos los cuales pasaban á veces de doscientos: sacado el corazon como en el sacrificio ordinario, los cuerpos eran arrojados á otra pira, cercana á la principal, con sus vestidos y todos los preparativos de que para el viaje eran portadores. Tambien era quemado el perro ó *techichi*, que, como ya dijimos, servía de guía en los senderos del mundo desconocido. Allá iban á tenerle palacio y servirle.

Tenía lugar la cremacion al cuarto dia de la muerte; al siguiente recogían de la pira las cenizas, los huesecillos no consumidos y el chalchihuitl puesto por corazon, encerrándolo en la caja que contenía los cabellos; encima ponían una figura de palo, con las insignias del señor, delante de la cual venían los dolientes á hacer sus ofrendas: á esta ceremonia decían *quitonaltia*, que quiere decir, dánle buena ventura. Cuatro dias continuos llevaban ofrendas de flores y comida, ánte el bulto de la caja y al lugar de la pira, una ó dos veces al dia segun quería cada cual, terminando este primer período con sacrificar diez ó quince esclavos, pues durando el viaje incógnito cuatro dias, el ánima iba todavía caminando y había menester socorro. A los veinte dias mataban aún cuatro ó cinco esclavos; á los sesenta, uno ó dos; á los ochenta, diez más ó ménos; terminando aquí los sacrificios. Cada año, en aniversario, traían ante la caja colocada en el sepulcro ofrenda de comida, vino, rosas y *acayatl*, sacrificando codornices, conejos, aves y mariposas; pasados cuatro años cesaba en adelante toda demostracion pública. "Los vivos en esta memoria de los defuntos, bailaban y se embeodaban, y lloraban acordándose de aquel "muerto y de los otros sus defunctos." (1)

Segun otra autoridad: "En la muerte de estas gentes se guarda esta costumbre. Luego que el defunto ha espirado llaman ciertas mujeres y hombres que están salariados de público para hacer lo siguiente. Toman el cuerpo desnudo sobre las rodillas un hombre ó mujer, y tiénelo abrazado por las espaldas, y allí lléganse otras personas diputadas para lavar al finado, y lávanlo muy bien; y llega un hombre con un huso ó palo á manera de crenchas de mujeres, y mételo entre los cabellos del defunto con ciertas ceremonias, con las cuales divide los dichos cabe-

(1) Mendieta, lib. II, cap. XL. La copia Torquemada, lib. XIII, cap. XLV. Le sigue Clavigero, tom. I, pág. 294.

llos en unas partes y otras; y así lavado el defunto con ciertos endines (*) en sus cabellos, vístenlo todo de blanco, muy bien vestido, y con el rostro de fuera, y asiéntanlo sobre una silla; poniendo sobre su cabeza y sobre todo su cuerpo grandes penachos y plumajes de diversos colores y formas; y está así por espacio de una hora ó dos; y pasado este tiempo vienen otras mujeres é hombres á manera de los de arriba, y desnudan al defunto todas las ropas blancas y plumajes que tenía, y tórnanlo á lavar segunda vez como de primero, y vístenlo de vestiduras coloradas con otros penachos que acuden á la misma color, y pónenle en su silla como de primero por otro tanto espacio de las dos horas, y allí hacen cierto planto y lamentacion, mayor ó menor como es la calidad del defunto. Tornan tercera vez otras mujeres á desnudarle todo lo colorado, y lávanle como de primero, y vístenlo todo de negro con plumajes ó penachos negros, y llevan todas estas tres maneras de vestiduras al templo con el defunto á enterrar; y estas vestiduras no vuelven á uso humano, salvo que quedan á los sacerdotes para servicio del templo." (1) Tal vez se refieran estas ceremonias, á caso particular de clase ó dignidad.

Todos los cadáveres eran quemados; exceptuábanse los de las personas muertas ahogadas, de hidropesía y de alguna otra enfermedad.

(*) "No conozco esta palabra, que parece significar aquí, *unguentos ó perfumes*."

(1) Carta de Zuazo, en Icazbalceta, tom. I, pág. 365.